

Recitaor

Yo siempre sentí admiración y un tantico de inconfesada envidia por los poetas de la claridad, esos literatos de lo breve, de la inspiración vertiginosa y limpia como el agua que se arremansa en los ríos de cauce transparente; esos malabaristas del idioma que escenifican las palabras dotándolas de rostro y hasta de fragancia y hacen de un solo vocablo un universo de sugerencias para las humanidades sensibles.

Ser poeta es acercarse a Dios, y no precisamente en un sentido aproximativo. El poeta es en sí un Dios, un Dios pequeño o grande, depende, que extrae sublimes acordes de una tecla de piano astillada y roñosa. Y para leer a un poeta, para comprender a un poeta, para sentir a un poeta, nada mejor que oírle en el silencio de un huerto maduro con las hojas del libro abiertas a la luz que se derrama entre las copas cuajadas de frutos, tanto más si el poeta es prohibido, censurado, y se le lee, como aconseja Juan Ramón Jiménez, ocultos del mundo entre las ramas de un árbol.

Sí, ocultos, temiendo que aquello pueda ser pecado, aliados con el silencio, del que decía Maeterlink que es el sol que madura los frutos del alma.

Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España
¡Qué pequeño sobre el río
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!

¡Quién no deja por un momento la lectura y olvidándose del mundo busca entre las nubes aquella que pueda asemejarse al mapa de España! ¡Qué claridad la de Alberti!
¡Y aún habrá quién diga que los andaluces son constructores barrocos...!

Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.

Hay que conocer, siquiera de oídas, la tragedia del destierro para comprender la angustia del hombre que busca entre las sombras solitarias de la noche aquella en que se encuentra el pueblo de uno y la propia casa. La casa del primer grito, de la primera risa, de la luz arisca.

Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agita que no corría
volvió para darme agua.

Pues bien, si admirable es el poeta —y aquí es adonde quería llegar aunque para ello haya caracoleado tanto como el caballo de Antonete Gálvez—, muy de admirar, por desprendida, es la cigarra, no precisamente perezosa, que presta su voz templada al

verso ajeno y, llevándolo prendido por el pico lo deja oír en cualquier revuelta del camino.

El rapsoda no es purísticamente, un creador (juicio a revisar); es más bien un recreador, alguien que se recrea en la suerte del poema ajeno para hacerlo suyo, sufrirlo o gozarlo en plenitud, en propiedad absoluta. ¿No es desprendimiento, no es generosa la postura del rapsoda que lleva en los labios palabras ajenas sin ocultar el origen, sin apropiarse de la pertenencia, sin quitar un ápice de gloria, sino, al contrario, dándola, haciéndola universal y pública...? Nada para sí reclama el rapsodia, peón de confianza dispuesto a recoger las ovaciones y los trofeos para hacer más grande la gloria del maestro, pero sin hacerle sombra a él, sin eclipsarle.

Ningún rapsoda ha dado categoría a un poeta. Pero son muchos los poetas que han descubierto los rapsodas, y sobre todo son muchos los poetas popularizados por los rapsodas —hoy también por los cantantes—. Si el poeta no es, de poco valor resulta el rapsoda; pero si el poeta es, la voz del rapsoda vibra, se estremece, se hace de vidrio o de varilla de acero para extraer al poema sus más ocultas esencias.

En Murcia, brilló la poesía a gran altura gracias a Verso y Prosa. Pero es de ley manifestar que no han sido muchos —fórmula gallega de decir ninguno— los poetas murcianos con verdadero peso específico. Y si nos ceñimos a la Huerta, la nómina es necesariamente menor. Los vates —les llamaré así para entendernos— pueden enumerarse con los dedos de una mano sin temor a dejar alguno en el olvido: Joaquín López, Frutos Baeza, Martínez Tornel, Alberto Sevilla, Vicente Medina, González Soriano, Díaz Cassou... Pocos nombres, aunque de sabroso localismo, careciendo los demás de interés alguno.

La Huerta no ha alumbrado, ciertamente, demasiadas voces, quiero decir voces con hondura de sentimiento, con algo que decir de corazón, abrasándose, sin afectaciones panochistas, que no es lo mismo ser panocho insta la cepa, que presumir de serlo.

El lenguaje panucho nace espontáneamente de una comunidad promiscua, apartada, que labora en el silencio Y habla a su modo sin tener en cuenta lo que opina la ciudad o mandan los hombres cultos. El panucho es expresión llana de un pueblo humilde y laborioso. Su voz pura, incontestable, es la anónima de aquel romance del siglo XVIII titulado La Barraca compuesto en respuesta a la orden del corregidor murciano don Pedro de Reátegui y Colón de que se arruinen y quiten las dichas barracas ante la posible inminencia de ser mucho el incendio pasando de unas a otras. La voz suena afligida:

yo tengo en esa vivienda
tó mi bien y toa mi arma;
¿qué le queará a este infelís
si le arribais la barraca?

La suerte del panucho cambia plenamente de una época a otra. Los legítimos poetas del panucho no han sido reemplazados, sucedidos, por creadores de genio e ingenio. El panucho actual es pura marrullería, afectación, chabacanería supina. Y su indiscutible veneno, el elemento prostituidor ha sido y es el bando panucho, mediante el

cual, el simulacro del alcalde pedáneo que se acerca a la ciudad a decir en voz alta, entre bromas y veras, su sentir por la marcha adversa de los asuntos de los vecinos de su partío, o a exponer reivindicaciones que cree justas, hablando con un lenguaje envolvente y vaporoso, que dice entre líneas, que hace alusión al entorno y compara grotescamente el mundo irracional con el racional, y perora de lo humano y lo divino acercando más el cielo a la tierra que la tierra al cielo. El bando panocho no ha alcanzado la medida real de sus posibilidades por defecto de enfoque en las convocatorias anuales que hace y premia el Ayuntamiento. El bando panocho, quiéralo o no el concejal de cultura de turno, está precisando de desarrollo, de fomento, de elevación a un nivel estimable.

El ideal sería encontrar jóvenes poetas huertanos, poetas de verdad y huertanos de verdad, que supieran hacer poesía real, poesía métrica, libre o no, pero no encorsetada en un ritmo único, siempre el mismo, inevitablemente repetido, sobado y manoseado; poetas que al tiempo de conocer la poesía conocieran la Huerta en profundidad, como la conoció y cantó, entre añorante y nostálgico, Vicente Medina. Pero es que Vicente Medina, nuestro poeta, cantó la Huerta desde la Huerta, interpretándola desde el conocimiento, no desde la ignorancia. De darse este cuasi imposible, seguramente llegaría un período de esplendor para el panocho, que no se vería desde fuera, sino desde dentro, desde la misma médula de su ser.

Panocho no debe de ser sinónimo de superficialidad. Pero es de ley reconocer que camino lleva si las autoridades culturales de la tierra o quien tenga algo que decir al respecto no lo dice en voz alta y pronto. Repetiré una vez más que todos los años se convoca por el Municipio un concurso de Bandos panochos que, lejos de aportar algún beneficio a la comunidad, no hace sino dañarla, embrutecerla, cerrarle los ojos a la realidad. ¿Por qué no se convoca en su lugar un concurso de poesía panocha, de literatura panocha, de investigación panocha...? Y al decir panocho quiero significar aquello que dice la tradición que es el panocho, no las palabras caprichosamente distorsionadas que algunos emplean confundiendo la seda con el percal, y que ustedes, señores, ediles premian en metálico y con panocha de no sé qué chatarrería.

El poeta panocho siempre huyó de la afectación y del lenguaje aristado. El poeta panocho siempre prefirió la sencillez y la contundencia, el lenguaje vivo y cercano a la elucubración distante, el arabesco o la filosofía euclidiana. En el fondo, el poeta panocho es un tanto positivista, o si se quiere, hiperrealista. Nada se encuentra en él de magia o invención, lo suyo es la realidad más pura y llana, como reflejo vivo de una existencia presidida por la simpleza del trabajo ordenado por la sentencia bíblica.

Puede que al poeta panocho le falte decir alguna que otra vez:

- ¿Has visto esa estrella fugaz?

Y que se le responda:

- No, yo no la he visto.

Y que el diga:

- Claro, por eso era fugaz.

El poeta panocho siempre se valió de su propia voz para recitar sus composiciones. Fue, posiblemente, el panocho de los bandos o soflamas el que comenzó a perder la voz propia, el control de la poesía; y es muy probable que, faltode timbre, no seguro de la verdad del verso, recurriera a alguien que saliera garante de él: el recitaor.

En el bando panocho el autor dice o no dice, depende, porque a veces la censura pesa y él no tiene los redaros precisos o le falta aptitud para hablar sin regomello, como hizo Joaquín López cuando al hacer la ciudad un obsequio a Isabel II con motivo de una visita suya, el vate le amoló: "accepte usted el regaliquio porque ni el cordero topa ni las floreciquias pinchan." Gracia que no gustó al cronista oficial del viaje, Fernando Cos Gayón, por entender que el lenguaje era más franco y expresivo que correcto. ¿Y es que acaso lo franco y expresivo no es correcto? ¿Hubiera sido acaso más correcto llamar austera a la reina que todo el país tenía por verbenera?

Hoy en día son pocos los panochos que tienen algo que transmitir, y menos aún, los que conservan la voz. Razón de más para que se oculten intencionadamente tras la pantalla encubridora del recitaor. Y es éste el que da la cara al bando, el que se debate a brazo partido, el que se asoma a la carroza y presta su voz recia a la débil palabra ajena. El recitaor antes de subir a la carroza —simulacro de balcón consistorial—, ha de estudiar el bando a pregonar y decir luego, con palabras de Frutos Baeza: "Lo iré esper follando como me dé a entender Dios." Siguiendo siempre el consejo del mismo autor, que era y es:

"El quid del habla panocha
está en su pronunciación
y para hablarla es preciso
aprender de viva voz."

Cuidar la pronunciación. He aquí el ser o no ser del panocho, que mal puede hablarlo quien, por no haber nacido en la Huerta, no aprendió de viva voz; conocerá éste el panocho de oído, sí, seguramente de mal oído, de sentir campanas sin saber dónde. Pero algún día habrá que volver a esa necesaria simbiosis entre naciencia y sentimiento, entrepalabra y voz, y si preciso es, recurrir a la voz prestada del "recitaor"; pero, por favor, no por vicio, no por mala costumbre, que de siempre se quiso que el panocho dijera él mismo su propia poesía.

Ahora no, ahora son pocos los panochos que "dicen" ellos mismos. Y son legión, por el contrario, los que prefieren ampararse en el recitaor, para si hay triunfo, poner la mano y recogerlo; y si no, argumentar que no se le supo interpretar debidamente.

— ¡Hombre, es que es la moda! —mencionará alguien.

¿La moda? si tal se argumenta, convendrá recordar lo que, referente a la Belleza, mencionaba Pemán:

— Estas son las últimas bellezas que hemos recibido...

— ¿Son las de moda?

— En la Belleza, señor, no hay moda...

— Pues ¿qué hay entonces?

— Modo...